



MISTERIO

10

MESSI

Los secretos del mejor jugador del mundo, al descubierto

Sebastián Fest
y Alexandre Juillard



Sebastián Fest y Alexandre Juillard

Misterio Messi

Los secretos del mejor jugador del mundo, al
descubierto

Traducción del francés
José Miguel Parra

A todos los periodistas que quieren trabajar y no pueden.

Agradecimientos

Nunca resulta sencillo lanzarse a escribir un libro. Sin el apoyo de los amigos, los allegados y los colegas sería una misión imposible. De modo que queremos mostrar nuestro agradecimiento a Cecilia, Milagros y Ben: sin ellos, nuestras estancias en Barcelona no hubieran tenido el mismo sabor. Sus ideas, su experiencia, su apoyo logístico y su buen humor fueron una ayuda preciosa.

Gracias a los protagonistas de esta historia que se prestaron a hablar con nosotros, a los muchos colegas de profesión, aparezcan o no en el libro, que aceptaron compartir sus recuerdos y sus análisis, aportes invaluable que nos permitieron comprender mejor el *Misterio Messi*. Gracias a María Borràs, de La Esfera de los Libros. Y gracias a nuestros jefes, nuestros compañeros de redacción, a nuestras familias y amigos, en especial a nuestras novias o esposas, a las que estuvieron y a las que están, porque a lo largo de todo este tiempo supieron comprender que nuestro trabajo de periodistas, sumado al de escribir un libro, puede llegar a ser extremadamente absorbente.

1. El shock

Lionel Messi estaba molesto, quisquilloso. Y el que lo sufría, como siempre, era Josep Guardiola. De un momento para el otro, el entrenador del Barcelona habría entrado en tensión, incómodo en el primer asiento del autobús. El teléfono móvil acababa de vibrar y Guardiola escrutaba la pequeña pantalla con algo de desconcierto. «Mira esto», le dijo a su íntimo amigo Manel Estiarte. Oro olímpico y mundial en waterpolo, pero en esos días al frente de las Relaciones Externas del Fútbol Club Barcelona. La lectura del breve SMS le produjo a Estiarte el mismo efecto que al ex «4» del Barcelona: sacudida, desconcierto y una breve risa incrédula. Sin decirse nada, los dos amigos se dieron cuenta del peligro de ese mensaje de texto que acababa de enviar el mejor futbolista del mundo.

España vivía el otoño de 2009 y el autobús encaraba el camino de regreso tras un partido de la Liga. Los que relatan el momento difieren en cuanto a las palabras exactas, pero coinciden en el espíritu del mensaje de texto que el argentino le envió a su entrenador: «Bueno, veo que ya no soy importante para el equipo, así que...».

Una vez más, Messi se escudaba tras un teléfono móvil. Aunque en los últimos tiempos fue evolucionando, para él seguirá siendo más fácil enviar mensajes de texto que decir las cosas. La pelota y el teclado de su móvil son, en cierta forma, los dos universos más «messiánicos». No importaba que estuviera en el mismo autobús y solo unos pocos asientos más atrás de Guardiola y Estiarte. Que sea tímido, que le cueste comunicarse, no quiere decir que Messi no sea ambicioso, e incluso inconscientemente despótico a la hora de imponer su categoría. Y en esos días se sentía doblemente acorralado, incómodo en la errática Selección Ar-

gentina, pero también —y no era la primera vez— en el Barcelona.

En el vestuario del Barcelona hay una frase que define el modo en que se mueve el mejor futbolista del mundo: «No es dictador, pero sí se hace notar a su manera». Messi sabe que no hay nadie mejor que él, sabe que influye en el equipo como ningún otro jugador. Y aquel día en el autobús volvió a hacerlo. La aparición del sueco Zlatan Ibrahimovic, un fichaje en el que Guardiola se había empeinado, había sido una mala noticia para él. Messi lo intuyó primero y lo confirmó después. Tenía una deuda de gratitud con Guardiola, un hombre al que en 2008 no conocía tanto, pero que se lo había ganado con una de las primeras decisiones que tomó como técnico: torcerle el brazo al club para que le permitiera al argentino jugar con la albiceleste los Juegos Olímpicos de Pekín, de los que se llevaría el oro. Sí, Messi le debía una a Guardiola, pero la sutil presión (¿amenaza?) viajó desde su teléfono móvil hacia el del técnico porque esta vez había peligro. Era claro. Messi venía de un par de partidos sin brillo e Ibrahimovic estaba jugando bien. Se complicaba el proyecto del argentino, esa vida plácida en el Barcelona en la que no debía luchar por ser el líder, y el centro de todas las cosas, porque todos se lo reconocían sin que lo tuviera que pedir. Con *Ibra* no, con el sueco era diferente.

El argentino se las arreglaría en la «era Guardiola» para imponerse como referencia del ataque ante depredadores del área como el camerunés Samuel Eto'ó, un hombre con el que no tenía mala relación, y se fagocitaría amablemente a Bojan Krkic, que terminaría en la Roma muy enojado con el entrenador del Barcelona. Lo mismo que a Eto'ó le sucedería al chileno Alexis Sánchez y al español David Villa un par de temporadas después. «No intentes competir con Messi», fue el mensaje que le llegó a Villa desde las alturas

del club. Y en la parcela deportiva se lo explicaron con más detalle: «Mira, David, si tú quieres triunfar en el Barça, sobre todo no te compares con Messi. En nada. Ni en regatear, ni en goles. No lo hagas». Pese al consejo, Villa hizo en los primeros compases de su aventura en el Barça lo que le salía del alma, lo propio del muy buen futbolista que es. Hizo lo que no podía evitar: jugar como si fuera la gran figura del equipo. «Lo intentó, pero tras cuatro entrenamientos lo entendió», recuerdan hoy satisfechos en el club, convencidos de que el lugar de Messi es único, de que el argentino es un intocable. Tiempo después, el propio Villa desmenuzó con minuciosidad su admiración por Messi durante una entrevista con Luis Martín, periodista de *El País*. «Es excepcional. El míster lo dijo: de Leo no se habla, hay que verlo. Yo no he visto en mi vida algo semejante: cada día crees que ya no se puede superar, que ya lo has visto todo, y a la mañana siguiente hace otra. Es un tipo muy humilde al que no se le ha subido el éxito a la cabeza [...]. Hay un Messi compañero excepcional que se gana nuestro cariño no solo por lo que nos da en el campo, sino también, y más importante, por cómo comparte en el vestuario, por cómo es».

El exdelantero del Valencia no duda en admitir que jugar con Messi no solo facilita ciertas cosas: también las complica. «Es un jugador que exige mucho al que está a su lado porque siempre tienes que estar atento. A veces parece imposible que te vea y él te ha visto. Debes estar preparado para lo imposible cuando juegas con Leo, porque, además, no es lo que él hace, es lo que hace hacer a los demás. Mete un montón de goles, pero genera muchísimas más cosas al equipo: baja, abre espacios, tiene un último pase sensacional, es generoso... Es una maravilla jugar a su lado. Sinceramente, jugar al lado de Leo me ha mejorado. Mire, yo sé que el día de mañana, cuando salgan imágenes

de Leo y yo aparezca cerca, podré decir: “Yo jugué con Leo Messi”. Es un privilegio».

Lo fue, seguramente, pero tampoco fueron años sencillos para Villa, que tras fracturarse la tibia de la pierna izquierda en la final del Mundial de Clubes de 2011 nunca volvió a ser el mismo en el Barcelona. A ciertas tensiones con Messi, que más de una vez le recriminó con gestos claros que no le pasara la pelota, se le sumó la sensación de que en el club ya no lo querían. Si estuvo un año más fue como gesto a un hombre que había tenido mala fortuna. Pero al final se fue, y lo hizo de forma asombrosa: el Barcelona pagó 40 millones de euros para fichar a Villa —el máximo goleador histórico de la selección española— en 2010 y se desprendió de él por 2,1 millones y asegurándose 5 como máximo en función de la permanencia del delantero en el equipo de Diego Simeone. El Barcelona, eso sí, dejaba de pagar los 10 millones de euros anuales de salario que iban a los bolsillos del Guaje. En cierta forma, un ahorro para financiar el sueldo de Neymar, el nuevo compañero de Messi en el ataque, una historia aún por escribir.

¿Es un privilegio jugar con Messi? Ni siquiera es necesario plantear la pregunta, y el mismo Ibrahimovic terminaría reconociéndolo cuatro temporadas después de aquellos meses de tensión.

Pero en aquel 2009 el talentoso y potente gigante sueco de origen bosnio veía las cosas de otra manera, porque había llegado a Barcelona como el segundo mayor fichaje de la historia, 69 millones de euros. Con un ego proporcional a esa cifra y a su talento, el ariete estaba dispuesto a triunfar y se convirtió pronto en un cuerpo extraño en el vestuario del Barça. Había pedido cobrar lo mismo que Messi y quería jugar en el centro del ataque. «¡No tienes huevos! Te cagas con Mourinho», asegura el delantero que le gritó a su técnico poco después de la derrota ante el Inter

de Mourinho en las semifinales de la Champions League. La frase es de la autobiografía de Ibrahimovic, y el jugador la sitúa en un partido ante el Villarreal en mayo de 2010, en el que fue suplente y solo jugó los minutos finales. Ibrahimovic admite abiertamente que el hecho de que Guardiola optara por Messi para el centro del ataque desencadenó su salida del club: «Prefería contentarlo a él, a mí no me valoraba».

Guardiola no solo sabe de fútbol: tampoco come vidrio. Teniendo a Messi, ¿iba a confiar en un jugador que admite haber ido con su coche a más de 300 kilómetros por hora para dejar atrás a la policía? El único detalle es que fue Guardiola quien se empeñó con el fichaje de *Ibra*. El sueco asegura que el francés Thierry Henry, que después del Barcelona se fue al New York Red Bulls, tampoco era feliz con Guardiola: «Henry me dijo: “Hola Zlatan, ¿te ha mirado hoy?”. “No, ¡pero he visto su espalda!”. “Enhorabuena, estás progresando”».

En aquella autobiografía se burla, además, de algunos compañeros: «Messi, Iniesta y Xavi eran como estudiantes que iban a la escuela a obedecer sin protestar». Ibrahimovic en estado puro, aunque con el tiempo él también cambiaría. «Ya no tengo problemas con Guardiola, he aprendido desde aquellos años en el Barcelona», diría a la revista alemana *11 Freunde* en febrero de 2013, ya como jugador del París Saint Germain. «Aprendí a tener paciencia, antes lo quería todo de inmediato. Crecí, estoy casado y tengo dos niños maravillosos. Así, automáticamente, uno se tranquiliza», aseguró el jugador que de adolescente robaba bicicletas para llegar a los entrenamientos. Pero Ibrahimovic tiene tantos centímetros —195— como ego. Así, tras lamentarse de que el boxeo no forme parte del fútbol, confiesa su admiración por Muhammad Alí y deja una afirmación llamativa: «Yo soy el más grande después de Alí». ¿In-

cluso por delante de Messi?, le pregunta el periodista a un *Ibra* que toda su vida idolatró a Diego Maradona. «Eso que lo digan los aficionados. Lo importante es que yo crea en mí mismo. Eso también lo aprendí de Alí».

Solo es cuestión de tiempo, el fútbol termina poniendo siempre a cada uno en su lugar. Y es probable que Xavi sea excesivamente elegante al asegurar que Messi no tuvo nunca ningún problema con los «9» que desfilaron por el Barça, pero así se lo explicó en 2011 al periodista chileno-alemán Javier Cáceres en una entrevista para el *Süddeutsche Zeitung*: «*Ibra* realmente no encajaba del todo. Un gran futbolista, bendecido por un talento brutal, pero quizás algo estático para nuestro juego». Las cosas con Ibrahimovic fueron para Guardiola bastante más difíciles que con Eto'o, al que hizo jugar en una banda tanto en el histórico 2-6 del 2 de mayo de 2009 en el Bernabéu como en la final de la Liga de Campeones en Roma semanas después. Eto'o no dijo nada, aceptó la instrucción, aunque no le gustara. Tan poco le gustaba que en un partido ante el Betis se negó a obedecer la orden de Guardiola de jugar por la banda. El camerunés buscó el centro y encontró el gol. Fuera de sí, Eto'o fue al banco a gritarle el gol a su técnico, que, a más tardar entonces, le bajó el pulgar. Tenía razones para exaltarse Eto'o, porque fue con dos goles suyos, uno a seis minutos del final, como el Barcelona remontó la desventaja de 2-0 en el campo del Betis. Pero el detalle de que uno de los primeros en celebrar con él fuera Bojan, otro de los «fagocitados» por la inabordable grandeza de Messi, fue una pequeña premonición. Era febrero de 2009 y el argentino entró a jugar en el minuto 57 en lugar del bielorruso Alexander Hleb, un mediocampista ofensivo que meses después se iría al Stuttgart y tres años más tarde jugaba en el Krylia Sovetov Samara de la liga rusa. Hleb titular: eran

otros tiempos. Pronto nadie dudaría de que la solución era Messi. Siempre.

Que aquel 2-6 para la historia sucediera un 2 de mayo tenía su costado paradójico: fue el mismo día en que, doscientos dos años antes, los madrileños se levantaron contra José Bonaparte, conocido popularmente como *Pepe Botella* y hermano de Napoleón Bonaparte. Si en 1808 Madrid se liberó del dominio francés, aquel 2010 el club que encarna como ninguno la grandeza deportiva de la capital española se inclinó ante lo que durante un buen tiempo sería una verdadera «dictadura» futbolística por parte del archirival catalán. En aquel partido, que implicó una humillación de proporciones atómicas para el Real Madrid, Guardiola probó a Messi por primera vez en la función de «falso 9» o «delantero falso». La sorpresa fue mayúscula para el Madrid dirigido por Juande Ramos, un entrenador que quedó tan golpeado tras el partido, que buscó explicar lo inexplicable y salió aún peor parado: «No ha sido un baño». Los dos goles de Messi, los dos de Henry, el de Puyol y el último, en el que un central como Piqué puso, con una jugada de fantasía, las cifras finales, le quitaban razón a Ramos: fue un baño de fútbol del Barcelona al Real Madrid. La libertad de Messi en el centro del ataque marcaría por siempre al Barça de Guardiola, pero en aquellos meses de 2009 el argentino como «falso 9» era solo una excepción, un recurso puntual o sorpresa envenenada para el rival. Guardiola dudaba entre lo que le pedía el instinto y la razón —situar a Messi en una zona en la que recibiera más pelotas que «escondido» a la derecha, donde tampoco colaboraba en la recuperación del balón— y el hecho de que el hábil y potente Ibrahimovic estaba para ser aprovechado como ariete.

Aquel SMS de Messi en el inicio de la temporada 2009-2010 le hizo ver al entrenador las luces rojas de peligro, aunque también le ayudara el hecho de que el sueco per-

diera rápidamente la paciencia y se convirtiera en el rebelde del grupo, aseguran aquellos con acceso al vestuario del club. «Yo sé jugar así, voy a jugar así, de delantero centro», le dijo al entrenador, abriendo una distancia que ya nunca se achicaría. A la siguiente temporada Ibrahimovic estaba fuera del Barcelona. ¿Había vuelto Messi a ganar desde el silencio? El sueco cree que no. «Todo empezó bien, pero después él comenzó a hablar», explicaría años más tarde el delantero durante una entrevista con la CNN. «Messi quería jugar en el medio, no de extremo, por lo que el sistema cambió de un 4-3-3 a un 4-5-1. Yo fui el jugador sacrificado y ya no dispuse de la libertad en el campo que necesito para tener éxito». Ibrahimovic siempre podrá decir que durante un año formó parte del Barcelona de Messi, pero la experiencia fue para él más amarga de lo que hubiera imaginado. Guardiola, que insistió para que el Barça fichara al sueco, debió tragarse su orgullo, pero salió ganando. Ibrahimovic también se lo tragó, pero perdió. Por eso tuvo especial valor lo que dijo horas antes de medirse en abril de 2013 al Barcelona de Messi y Tito Vilanova por la ida de los cuartos de final de la Liga de Campeones: «Messi es el mejor jugador del mundo. Al Balón de Oro le deberían dar su nombre».

Los grandes futbolistas saben cuando hay otro aún más grande que ellos. Por eso también hay que darle crédito al gigante sueco: quizás sea cierto lo que dice, quizás Messi le ganó la partida con algo más que gestos y mensajes de texto, quizás habló claramente con Guardiola del tema. No se puede descartar, porque los años en los que Messi solo hablaba a través de la pelota estaban llegando a su fin.

2. ¿El fin de ciclo?

«Mira, Ferrán. La diferencia fundamental está en la motivación. Unos han ganado dos campeonatos de Europa, un campeonato del mundo y no sé cuántas ligas».

Abril de 2013, primavera en Nueva York y Josep Guardiola le explica a su interlocutor, el cocinero Ferrán Adriá, las que son a su entender las claves del hundimiento del Barcelona. Estaba fresca aún la paliza de 4-0 que los azulgrana habían sufrido en el Allianz Arena de Múnich por las semifinales de la Liga de Campeones, y estaba por llegar la segunda parte de la debacle en dos actos, una derrota por 3-0 en el Camp Nou que sellaría con números de pesadilla aquella eliminatoria. ¿Fin de ciclo? El debate inundó Barcelona, y el argumento de muchos para negar final alguno fue que los ciclos solo se terminan si se renuncia a una idea, a una filosofía de juego. No había señales de que el Barcelona, ahora bajo el mando de Tito Vilanova, hasta 2012 el «número dos» de Guardiola, quisiera cambiar su estilo. Otra cosa era, sí, que en los momentos clave de la temporada y ante los rivales más fuertes, el Barcelona 2012-2013 había fracasado. Adiós con paliza en la semifinal de la Champions y despedida sin actitud ni fútbol en la misma instancia de la Copa del Rey ante el Real Madrid de José Mourinho. Tan rara había sido la temporada, que el único título, el de la Liga española, fue celebrado por los barcelonistas en el sofá de sus casas, porque fue el 1-1 del Espanyol y el Real Madrid el que un sábado de mayo por la noche les dio la cuarta Liga en cinco años. Y al día siguiente lo celebrarían... ¡en Madrid! Fue el Atlético de Madrid, en el Vicente Calderón, el anfitrión de los campeones. Todo un anticlímax, a tal punto que en la misma noche en que se confirmó el título de Liga, apenas mil personas salieron a

celebrarlo en la Fuente de Canaletas, el sitio habitual de los festejos «culés». Días después un par de cientos de miles de personas salieron a las calles de Barcelona a celebrar aquella Liga tan extraña, un campeonato en el que los dos grandes del fútbol español viven marcados por un «síndrome autodestructivo», en aguda definición del por entonces columnista de *El Mundo* David Gistau. «Ya solo vale ganar la Champions. Quedarse por debajo de eso es un fracaso, porque los equipos son demasiado caros y prestigiosos como para no aceptar esa medida de exigencia. Y porque la Liga, en la percepción de las hinchadas grandes, se ha convertido en un enojoso vagar por carreteras secundarias que dispersa esfuerzos y solo recobra sentido en los superclásicos».

En el mismo sentido fue Santiago Segurola, pluma ineludible para el análisis del deporte español: «Cada vez está más claro que los dos equipos utilizan dos velocidades. Una en España. Otra en Europa. ¿Pero se puede cambiar de velocidad cuando la rutina doméstica permite ganar y golear a medio gas? Probablemente no. Es curioso, pero los dos más beneficiados por la intolerable desigualdad quizás comienzan a observar el peligro del desequilibrio que ellos mismos han provocado en España».

Un desequilibrio que pagaron en la Champions: con Barcelona y Real Madrid en semifinales, tanto en 2012 como en 2013 se habló de una «final española». Las dos veces se fueron eliminados y miraron la final por TV. Un fracaso en toda regla para los dos equipos, aunque por diferentes razones.

Obsesionado con ganar su décima Copa de Europa y abrumado por un inicio fulgurante del Barcelona de Vilanova, el Real Madrid había despreciado el título de campeón español y apostado todo al europeo. No era para menos: tres meses después de iniciada la Liga el Barcelona ya le

sacaba 13 puntos, y estaba incluso cuatro por debajo del Atlético de Madrid. Era como si los jugadores del Barcelona hubiesen recibido una inyección de motivación extra: no es Guardiola, somos nosotros; sin Guardiola podemos jugar igual o mejor que antes. Y el Barcelona de Vilanova ya no era exactamente el de Guardiola, porque el equipo se había vuelto algo más vertical y vertiginoso. Recibía más goles que antes, pero si le metían dos, devolvía tres, si eran cuatro, convertía cinco. Esa diferencia de puntos se mantendría e incluso crecería tras conocerse en enero de 2013 una noticia que golpeó duro al club y a los jugadores: Vilanova debía instalarse en Nueva York para tratarse de un cáncer, debía someterse a quimioterapia y radioterapia. Así, por una extraña carambola de la vida, el pasado inmediato y el presente del Barça coincidían en Nueva York. Guardiola se había mudado a la Gran Manzana para darse el lujo de un año sabático, ver a otra gente, recorrer otras calles, respirar otra cultura. Se había dejado ver por la Copa Ryder de golf, el Abierto de tenis de Estados Unidos o la NBA. Sus días discurrían suaves, llevando a sus hijos al colegio, pasando horas despreocupado junto a su mujer en Central Park y, de repente, un Vilanova amenazado por el cáncer aparecía a unos centenares de metros de su casa. Todo un problema, porque Guardiola había dejado de hablarle a su hasta hace poco íntimo amigo, según coinciden en afirmar todos los «guardiolistas» y «antiguuardiolistas» que siguieron los vaivenes de la relación. Guardiola nunca pasó a ver a Vilanova, añaden, pese a que este estuvo siete semanas consecutivas tratándose en el Memorial Sloan-Kettering Cancer Center. Ni siquiera lo llamó por teléfono, algo que sí había hecho durante un partido ante el Valencia con su amigo ya en Nueva York, en una de sus primeras incursiones a Estados Unidos para tratarse del cáncer. Aque-